



INFORME: El año Quijote

“El Quijote: otros caminos de libertad”

...Tierras de Cuenca

Miguel Romero Sáiz

Doctor en Historia. Vicesecretario de la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha.
Secretario General de los Premios Regionales de la Crítica.

Está claro que fuera cual fuese la intención de don Miguel de Cervantes al escribir esta obra, no podemos negar que La Mancha —la mayor comarca natural de España— se ha convertido en uno de los espacios geográficos más conocidos del mundo, al menos por el nombre, gracias a esta obra tan universal como viva: el Quijote de la Mancha.

Lo cierto es que La Mancha, Al Mansha, cuyo significado de tierra seca o el páramo, nombre morisco según todos los indicios, es una tierra áspera y árida. Es tierra de monte bajo que se distingue de las que le rodean por su color y sus características; es, a su vez, tierra de frontera, en este caso de la corona de Aragón y es también sinónimo de espartal y de desierto.

La Mancha no era en tiempos de Cervantes como la conocemos ahora, aunque tampoco hay un acuerdo total en ello. Se cree que la llanura tenía más árboles y existían menos tierras roturadas; los montes no estaban tan pelados y había, por lo tanto, muchos más bosques por lo que el escenario que eligió Miguel de Cervantes era más adecuado para las aventuras que el de la actualidad.

El paisaje, por tanto, ha cambiado sensiblemente y las vías de comunicación eran por entonces escasas y otras presentaban una configuración bien distinta a la de hoy, yendo muy a menudo a pie o en caballería.

Serrano Vicens, estudioso cervantino, se expresaba en su obra así: “*en aquella época sólo escasamente un cuarto de la superficie se hallaba roturada y así las labores se hallaban entremezcladas con amplias zonas forestales de montes altos, de encinas en su mayor parte, de algunos pocos chaparrales y añadiéndose en las pequeñas elevaciones y sobre las umbrías, robles y otros árboles, marcando los cursos de agua en sus riberas, sauces, álamos, chopos y algunas olmedas.*”

Sobre la base de un país que conocía bien, Cervantes inventó una geografía, en parte real y en parte imaginada. El espacio o medio geográfico que él utiliza es deliberadamente impreciso: las dos primeras salidas se organizan en torno a la Venta de Juan Palomeque y la tercera en torno al castillo de los Duques y, en cuanto al tiempo, tampoco encontramos una coherencia total y exacta.

Sin duda la obra de Cervantes es un documento social y fiel reflejo de sus días, pero es también una obra de un creador que trasciende y desborda su época y por ello es aplicable a todas las épocas. Resumen y síntesis de lo hispano a la par que se hace indiscutiblemente universal. Creación, en definiti-

va, a la vez que le sienta muy bien el paso del tiempo, se agiganta con los siglos.

Es, sin duda, una obra escrita para entretener y divertir convirtiéndose con los años en cantera inagotable de simbolismos y reflejo de nosotros mismos en el espejo que su autor nos ha puesto sabiamente delante. **Es una obra viva y dinámica, tanto, que cada época y cada país puede hacer su propia lectura del Quijote.**

Miguel de Cervantes Cortinas nació al mundo, posiblemente, el día 29 de septiembre de 1547, a mitad de ese siglo XVI esplendoroso, rocamboloso, engañoso, americano e irónico. Su registro de bautismo en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares nos lo dice: “*Domingo nueve días del mes de octubre, año del Señor de mil e quinientos e cuarenta y siete años.*”

La confusión ha guiado gran parte de la vida de este personaje, para unos y otros cronistas. Su deambular, su compleja personalidad, sus idas y venidas, sus constantes amoríos, su oscurantismo genealógico y todos sus avatares nos llevan, en algunos momentos de su vida, a la controversia y a la confusión.

De sus fracasos y luchas interiores, duelos y quebrantos del alma, quebraderos de cabeza, noticiados en sus obras o embarruntados, racionales entreveros de niebla, sus constantes viajes, sus huidas por involucración en delitos, sus preocupaciones económicas, etc, de esto y todo lo que le acontece, nos hace Cervantes su propia definición en cada escrito.

Pero este Cervantes, genio cuando escribe, ocurre que es un hombre limitado corporalmente y lo es, humanamente encorsetado. Es sensible a sus acontecimientos, es tierno en sus contenidos, es sincero en sus encantos es, como cualquier hombre de aquella España, un hombre castigado y eternamente sentido.

Cervantes viajó mucho, leyó mucho, conoció a mucha y muy distinta gente. Todo ello le serviría cuando se puso a escribir y las múltiples interpretaciones que de su novela se han hecho, se siguen haciendo y se harán, forman parte del acervo cultural consolidado lentamente en torno a una obra de alcance universal que ha generado, como tal vez ninguna otra, toneladas de letra impresa. Un acervo que crece sin parar hasta el infinito. De ahí la grandeza y la inmortalidad de este Quijote, donde sus personajes, siendo imaginarios, se encarnaron ya, por obra y gracia de la destreza de un escritor genial y de unos lectores entregados que desde un principio vieron en

esta novela algo absolutamente real. Tan real como la vida misma.

Podríamos aquí aplicar esa máxima del romántico alemán Novalis cuando en su aforismo afronta con énfasis: "cuando soñamos que soñamos, estamos empezando a despertar", porque lo que Cervantes creó se ajustaría perfectamente a lo que Borges, tan locuaz, afirma en su estudio que "el hidalgo fue un sueño de Cervantes y don Quijote, un sueño del hidalgo".

Por que la vida de Cervantes fue, a la vez, tan realista como una novela picaresca y tan mágica como un sueño. Desde esa Alcalá de Henares natal, fue ese empedernido viajero que soportó con su familia desde niño, andando los caminos más angostos y en las situaciones más dificultosas, o los valles más extensos en ese deambular por conocer lo desconocido y huir de lo aprendido. Todo lo que en su vida aprendió, vió o pateó lo marcó en sus obras, escribiendo por ejemplo en el Licenciado Vidriera lo de "las largas peregrinaciones hacen a los hombres más discretos" o cuando en el Persiles dice, "que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres".

El Quijote de la Mancha no fue, ni más ni menos, que su propio reflejo. Expresada e hilvanada en el más fino estilo del que quiere ofrecer sus vivencias, sus rincones, sus realidades en ese entramado social que la España del XVI ofrecía, con el sutil tacto del que sabe perfectamente lo quiere y como lo quiere.

Estamos pues ante una obra eminentemente abierta. Ante un pozo sin fondo. Proclive, por tanto, a la discusión y a la polémica. Obra sobre la cual se seguirán haciendo estudios y escribiéndose libros. De ella han escrito casi todos.

¿Queréis ver si es verdad lo que os digo?, pues estadme atentos y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para así sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote...

Esta claro que Miguel de Cervantes buscó sus caminos de libertad. Quiso crear, en boca de personajes sacados de la misma realidad, un manantial de aforismos, moralejas, refranes, metáforas y conclusiones que enlazaran esa búsqueda de la verdad, ese deseo de vida que su alma ansiaba en un mundo, por entonces, necesitado de ello.

Recordemos que el Quijote está escrito en el seno de una sociedad de pueblos o ciudades menores, donde todos, ricos y pobres, grandes y pequeños, se veían, convivían y se trataban. La opinión pública era espontánea, participativa y humanista. Pero era también una sociedad con sensación de catástrofe pues la generación del propio Cervantes conoció la victoria de Lepanto, la derrota de la Invencible y el comienzo de la decadencia imperial.

Don Miguel escribió un libro actual, de su época, en torno a esa idea de decadencia, de derrota, de gobiernos incompetentes, de personajes hambrientos, descorazonados, deseosos de cambio y que mejor, que lanzar un caballero andante para luchar ante las adversidades, junto a su inseparable Sancho Panza, simbolismo de lo mundano y de lo inculto y, a su vez, real, donde además, Dulcinea sería la idealizada e inalcanzable España y para ello buscó el sarcasmo, el humor, el distanciamiento. Por eso, su héroe solo conoce la verdad, la bondad y la justicia que es lo que falta, así el Quijote se va desarrollando entre lo burlesco y lo serio provocando siempre el

pensamiento y la reflexión en el lector del momento. Por eso, es una obra que mantiene la opción interpretativa del momento en que se lee y por eso cada personaje ocupa su lugar en ese momento y en ese lugar determinado.

Madariaga, en su estudio de la obra, nos dice que "todo en el Quijote revela improvisación. Todo indica que Cervantes lo escribía al dictado de un subconsciente rico en estado de ánimo." Sin embargo, la mayoría de los cervantistas, como es el caso del valenciano Serrano Vicens, Astrana Marín, Diego Clemencín, etc., afirman todo lo contrario, expresando así la necesidad de entender una obra en sí misma con la carga de moralidad, de contenido, de mensaje educador, comentario que nos haría llegar a la conclusión de que estamos, sin duda, ante una creación literaria que desborda todos los límites, incluso las intenciones, de su propio autor.

Como conclusión de su análisis podríamos llegar a manifestar, con la subjetividad de uno mismo, que el Quijote abre camino libre a la exploración de mundos nuevos y hasta entonces ocultos, situando como objeto de la literatura la comprensión de los recovecos y contradicciones del alma humana, las imaginaciones y fantasías de los hombres, creando un ámbito específico para esa misma literatura que, al mismo tiempo, es y no es verdadera, situándola entre la realidad y el sueño.

Es decir, Cervantes ha desplazado el interés de la literatura hasta centrarlo en las experiencias personales, sean las del escritor, o la de sus personajes. Alonso Quijano es pues, un hidalgo precario, que sublima la imagen de la caballería y la nobleza para convertirse en don Quijote.

Es evidente, por tanto, que a Cervantes le cautivó el medio geográfico y la realidad histórica y vivencial, inspirándole la herencia literaria, el acervo folclórico-costumbrista, la cultura popular, el paisaje, el contenido tradicional que él había vivido y estaba viviendo en esa sociedad del momento. Busca de esa manera lo que ve que hay, que le puede ayudar y que le debe de guiar hacia sus caminos de libertad y permite que cada uno de los lectores, nosotros, encontremos un hueco en nuestra mente para ayudar a imaginar, a interpretar y a secuenciar cada uno de sus relatos, de sus moralejas o de sus deseos.

Por eso, el Quijote está destinada a ser una obra examinada e interpretada eternamente al igual que sucede casi con su propio autor, donde aún hay dudas de su nacimiento, de su posible casa natal, de sus infancias, de sus amoríos, de sus idas y venidas, de sus momentos en la cárcel, de sus constantes viajes, de sus visitas a Isabel, su hija, de cuando y cómo incorpora ese segundo apellido Saavedra, en lugar de Cortinas que era el de su madre, del camino más exacto que anduvo en sus rutas, de ese lugar de la Mancha del que parte, de cada uno de sus vivencias y de tantas y tantas cosas. Eso es propio de la obra y eso es propio de su autor.

...esos otros caminos del Quijote.

Pues bien, entraríamos aquí en estos otros caminos del Quijote, en el porqué de esta justificación del paso de don Quijote por Cuenca, surgiendo desde la Mancha, a su paso por la Manchuela, un poco de Alcarria, quizás Campichuelo para cruzar toda la Sierra, la media y la alta, en ese deambular, uno más, de sus constantes caminos en pro de la libertad.

Cuando Cervantes recurre al viaje como soporte del relato no está descubriendo nada nuevo. Todo lo contrario: consciente o inconscientemente lo integra en la tradición y el tópico. Conscientemente guarda los cánones de la narrativa

caballeresca, que hace de sus héroes viandantes armados, y del camino, escenario y ocasión de sus hazañas. Inconscientemente está echando mano de este tópico que nos habla del hombre como animal que camina en su constante búsqueda vital.

Pero nosotros aún podríamos seguir preguntándonos: **¿de dónde ha partido y adónde ha llegado el Quijote?**, o tal vez, **¿de dónde ha partido y por dónde ha pasado?**, y, es que el hidalgo caballero pudo salir de aquellos Campos de Montiel, casi seguro y no de otros, aunque muchas sean las versiones y muchos otros los lugares que quieren hacer patria de ello, pues extensa es la Mancha. Después, por donde pasó está claro que hay lugares muy bien definidos en su descripción pero, cierto es, que hay otros capítulos, escenas y hazañas, que quedan un poco al hielo de lo personal, de lo subjetivo, de la interpretación, del comentario, porque él anduvo por muchas direcciones pues cuando "escribe ir a Sevilla" supondría "venir de Madrid" y ahí aparecen otras rutas; o cuando habla de La Venta, nos puede conducir a controvertidos lugares por abundancia de las mismas y paisajes repetidos orográficamente, o tal vez, cuando determinó "volver a su casa" podríamos preguntarnos **¿dónde o cual era esa casa?**, pues suele cabalgar de día y de noche, a veces todo el día y muchas veces nada le ocurre y eso le desorienta y desespera.

Pero en su deambular por la historia, el viaje le adora y él adora el viaje, busca rincones que su autor antes vivió porque en el revivirlos encuentra la esencia de su propio credo y por eso, cuando viaja a Barcelona, recorre entornos montañosos que él conoció, adentrándose por hoces y barrancos que han labrado ríos milenarios y da igual, por el este o por el oeste, pero siempre camina hacia arriba, camino de tierras aragonesas.

En este viaje que recreamos, de la Mancha a Barcelona, con su correspondiente recorrido de regreso, don Alonso Quijano y su fiel Sancho Panza van entretejiendo un mundo de escenarios, de vivencias, de aventuras y de situaciones de los que inmediatamente el oyente se sentirá cómplice.

Esta visión tiene, sin duda, un contenido programático y una justificación de base. La misma que inspirase ya en el siglo XVIII, 1780 concretamente, a don José Tomás López y a su capitán de ingenieros José Hermosilla para elaborar un Mapa donde aparecía una porción del Reino de España en la que se reflejaba el camino seguido por el hidalgo en ese viaje aludido. También los importantes trabajos geográficos e históricos de D. Mateo López, en el siglo XVII, nos aportaron importante documentación al respecto.

El hecho de que Cervantes conociera bien este país, le permitió inventar una geografía, en parte real y en parte imaginada, donde su caballero buscarse esos otros caminos de una libertad ansiada.

Por eso, deambulará desde esos ocres manchegos, dorados al sol, en días calurosos de verano radiante, pasando con rapidez a días lluviosos y de frescas noches, en terrenos más ásperos, montañosos, frondosos; o también, ese brusco paso de sequeales o lugares de escasa agua a esos otros donde pozos, ojos, tablas y lagunas abren el contenido acuífero del deseo y de la vida. Parte de viñedos, olivareros, encinas, alamedas y algún que otro pino, para pasar a quejigares, robledales y monte bajo, con romero, espliego, jara, tomillo, juncias y carrizos.

Los caminos que recorre pudieron ser senderos reales, caminos de postas o pasos de cabras, pero siempre trazados por donde circulaban gentes en el desempeño de sus trabajos o en el tránsito a alguna parte; unos, labradores, otros soldados, frailes, comerciantes, pastores, miembros de la Santa



Hermanidad, trajineros, pícaros, etc., el mundo de don Quijote, el mundo real, el mundo del siglo XVII en una España popular, más rural y más mundana.

Por eso sucede que, aún siendo imaginarios sus personajes, forman parte de un acervo cultural y de un sentimiento social intenso, permitiendo que siga habiendo tantas interpretaciones como lecturas y eso es lo que le da a esta obra, su grandeza e inmortalidad.

Sale de la Mancha, coloquemos por lo que nos atañe, Mota del Cuervo como inicio en este capítulo de viaje hasta Barcelona. Después, podría ser por el Provencio y Santiago de la Torre, o desde Mota por los Hinojosos, tal vez desde Belmonte a Pinarejo, cualquiera de ellas nos serviría, no hay duda. Si elegimos una ruta más señorial, podemos pasar por San Clemente con su plaza renacentista y barroca, luego el Cañavate hacia Honrubia, después vuelta a Pinarejo, Villar de la Encina y siguiendo el río Júcar llegar hasta Valverde del Júcar, punto de inflexión en esa ruta por los caminos de postas que los mapas del siglo XVII establecían.

Encuentra ahora, otros pueblos no manchegos que, como la llanura, eran abiertos y soñadores, lejos de la sequedad y tristeza unamunianas del alma de don Quijote, comparando sus calles empinadas y estrechas en esos aldeaños de la Serranía camino de Cuenca.

Cerca de ese embalse de aguas dedicadas al regadío y a servir de hogar a tantas aves, se encuentra con labriegos de tez más arrugada, comerciantes menos ricos, algún que otro pastorcillo y atrás, va dejando esos lugares de calles alargadas, de esquina a esquina, anchas para que el viento, siempre presente, amaine el sol empeñado en recostarse en los rincones, muros prolongados y en la plaza, el típico pilón.

Dejan Valverde y siguiendo el cauce a contracorriente del Júcar llegaría hasta Parra de las Vegas entre arboledas y al poco tiempo, los Baños de Valdeganga donde la fama de sus baños atraía a gente noble, algún hidalgo y muchos reconocidos hombres de letras y política, de las regiones del interior.

No tardaron más de cuatro días cuando las tierras rojas del sexmo de Arcas, Olmedilla de Arcas concretamente, les advertían que llegaban a los aledaños de la Cuenca pastoril: "*tierra de moros bien avenida, que un rey Alfonso conquistara...*"

Antes, el románico bien ideado en la iglesia de Arcas permitía recordar tiempos de repoblación y gestas guerreras.

Cuenca, con su elevada torre moruna en la alto, contempló el paso de don Alonso Quijano y su fiel escudero que, siguiendo el camino hacia Zaragoza observó de lejos al torre de Mangana pasando por Albaladejillo (Albaladejito), Villalbilla, Fuentesbuenas, Nueda (Noheda) y el Villar de Domingo García donde descansó de tan larga jornada.

En aquel tiempo aún funcionaba el llamado Canal Imperial que daba fertilidad a una pequeña parte de aquella enorme aridez que por entonces llegaba hasta la misma orilla del río.

El paisaje que en pocas palabras evoca Cervantes, es sólo propio de las tierras altas del centro de España y como, además, veremos más adelante la ubicación posible del palacio o castillo de los Duques, no sería de extrañar que estuviéramos en las proximidades del condado de Priego, en algún lugar del mismo, dirección hacia Beteta y, dejando de lado, las poblaciones como Ribatajada y Ribagorda, aunque para otros cronistas, pasase primero por Torralba, feudo de aquel licenciado Torralba preso por la Inquisición y del nigromante Marqués de Villena donde escribiese parte de su gran obra, el "Arte Cisoría", luego la Frontera y desviase su rumbo hacia el Campichuelo, aprovechando los buenos caldos que por allí se dan.

Es curioso al hablar del condado de Priego y sobre todo, de su capital, donde los condes edificaron un bello edificio religioso dedicado al triunfo de la batalla de Lepanto y que con el mismo nombre de San Miguel de las Victorias dio vida a un magnífico convento elevado sobre una bellísima hoz, llamada vulgarmente hoz de los Frailes.

¿Porqué no visitó Cervantes al propio Conde, un Carrillo, en Priego, con el que posiblemente coincidiera junto a él en esa batalla de Lepanto frente a los turcos?

Deja don Quijote un río y coge otro, el Escabas. Sin alejarse de la ruta prefijada y camino hacia Beteta, cruzó por Cañamares, Cañizares y Vadillos, en cuya Venta descansó unos días, conociendo la zona del Trabaque y la propia del Escabas, antes de llegar a otro río, el Guadiela. Descubre a paso, los molinos del Puente de Hierro, entre Albendea y Priego, el de la Peña y cruzando el estrecho conocerá el de los Barrales, viniendo desde Cañamares.

Deja Vadillos y por un sendero abrupto se dirigieron hacia Beteta. Esa hoz, maravillosa, impresionante, altiva, orgullosa, donde el agua, el hielo y la lluvia, e incluso las raíces de la vegetación se aferran a las lastras, tallando un museo de las formas.

Pasa por Beteta y llega a la Cueva del Hierro, famosa mina que producía elevada cantidad de hierro para abastecer a todas las ferrerías de la Sierra y algunas de la Alcarria.

Deja tierras de Cuenca y entra ya en el Señorío de Molina, haciéndolo por Poveda de la Sierra, aldea de pastores, y luego a Peñalén donde descansarían de ajetreada jornada.

Buena tierra y buenos gazpachos, llamados de pastor. El Hidalgo, siguió el rastro del agua como camino flotante y cruzando un pequeño arroyo llamado de Hoz Seca, afluente del Tajo, se encontró con varios rebaños de ganado bravo donde vida diera a alguna de sus hazañas bien descritas en la universal obra.

De allí, por el Señorío molinés hacia tierras aragonesas, por Daroca posiblemente hasta dejar de lado la ciudad del Pilar y dirigir su camino hacia Barcelona, final de este ruta.

Razones que justifican estos otros caminos quijotes-cos.

Está claro que el autor de la obra, Miguel de Cervantes, tuvo tiempo y no sabemos cuanto para recorrer estas bellas zonas de la Sierra conquense y lo hizo, sin duda, por sus visitas esporádicas a su hija Isabel, casada por entonces con un tal Luis de Molina, madrileño, que arrendó la Herrería de Santa Cristina en término de Carrascosa de la Sierra.

D. Miguel de Cervantes mantiene relaciones con una tal Ana Franco, con la que se supone tendrá una hija. Después, tanto Ana Franco de Rojas como Miguel de Cervantes contraerán matrimonio con diferentes personas y seguirán vidas separadas.

La hija de Cervantes de nombre Isabel, mantiene relaciones con Juan de Uribe, con el que tendrá una hija de nombre Ana. Su padre, Miguel de Cervantes, para asegurar la vida de su hija y sobre todo, de su nieta, la obliga a casar con un tal Luis de Molina, madrileño y hombre de negocios. Con ello, aseguraba el futuro de su nieta Ana.

Este Luis de Molina arrienda la Ferrería situada en la tal Herrería de Santa Cristina a un molinés que es su dueño. Durante el tiempo que la regenta en sociedad con Juan de Uribe, posiblemente el padre de su nieta, es posible que el autor del Quijote, visitase a su hija y a su nieta, aunque las relaciones entre ambos no fueran excesivamente cordiales.

Es lógico y así lo manifiestan escritores del momento y geográficos de siglos posteriores que D. Miguel conociese esta zona que anduvo en numerosas ocasiones, aunque en espacios muy intermitentes y cortos.

Esta afirmación está constatada por numerosos libros publicados, tales como el de Mateo López y su Nomenclator, publicado en 1876. La obra de D. Ángel González Palencia, publicada por el Instituto Jerónimo Zurita de Madrid, en 1944 y los trabajos geográficos e históricos de D. Tomás López, publicados en 1765, entre otros.

Escritores que han abordado el tema son muchos y en todos, la referencia al viaje de Alonso Quijano a Barcelona la hacen pasar por nuestra Tierra: Gregorio Marañón en "Vida e Historia"; José Terrero en "la ruta de las tres salidas del Quijote"; los Anales cervantinos tomo VIII de 1959; en Miguel de Unamuno, "Vida de D. Quijote y Sancho"; Pellicer, Astrana Marín, Serrano Vicens, etc. ■